

Diario de Sesiones del Pleno



14 de diciembre de 2010

Número 602

Pleno del Ayuntamiento de Madrid

Sesión extraordinaria, celebrada el viernes, 3 de diciembre de 2010

Presidencia de D. Alberto Ruiz-Gallardón

SUMARIO

Se abre la sesión a las doce horas y ocho minutos.
Página..... 2

ORDEN DEL DÍA

Punto Único.- Proceder a la entrega del diploma y la insignia del Título de Hijo Adoptivo de Madrid, concedido por acuerdo del Ayuntamiento Pleno adoptado en sesión ordinaria celebrada el día 30 de noviembre de 2010, a don Mario Vargas Llosa.
Página..... 2
– Intervenciones del Presidente, Secretario y el Sr. Vargas Llosa.

Finaliza la sesión a las doce horas y treinta y nueve minutos.
Página..... 5

(Se abre la sesión a las doce horas y ocho minutos).

Punto Único.- Proceder a la entrega del diploma y la insignia del Título de Hijo Adoptivo de Madrid, concedido por acuerdo del Ayuntamiento Pleno adoptado en sesión ordinaria celebrada el día 30 de noviembre de 2010, a don Mario Vargas Llosa.

El Presidente: Se abre la sesión. El señor secretario tiene la palabra.

El Secretario General: Muchas gracias, señor alcalde.

Para señalar que el Pleno del Ayuntamiento de Madrid, en sesión celebrada el día 30 de noviembre de 2010, adoptó por unanimidad de los miembros de la corporación, integrada por los concejales de los grupos municipales de Izquierda Unida, Socialista y del Partido Popular, el siguiente acuerdo: conceder el título de Hijo Adoptivo de Madrid a don Mario Vargas Llosa en reconocimiento a su extraordinaria trayectoria literaria y a su continuada y estrecha vinculación con la ciudad de Madrid, de lo que yo como secretario general del Pleno doy fe.

El Presidente: Señoras y señores concejales; señora presidenta de la Comunidad de Madrid; embajador del Perú; presidente de la Asamblea de Madrid; delegada del Gobierno en Madrid; presidente del Instituto de España y director de La Real Academia Española; querida Patricia, don Mario Vargas Llosa:

Al dar la bienvenida a Mario Vargas Llosa a esta Casa de la Villa, sede de la representación popular de Madrid, saludamos a uno de nuestros vecinos más ilustres doblemente querido por cuanto que peruano y español. Lo hacemos particularmente orgullosos de que el próximo viernes recoja en Estocolmo el premio más prestigioso del mundo, y sobre todo que haya desmentido a Julio Cortázar, quien en una ocasión le dijo a propósito del hechizo que a ambos causaba París, que no ser nadie en una ciudad que lo era todo, era mil veces preferible a lo contrario, porque a la inversa, ser Premio Nobel es sin duda ser alguien, y sin embargo sabemos que para Vargas Llosa eso no convierte a nuestro Madrid en nada. Tanto es así, que Madrid, que no pudo competir con el apasionamiento que la ciudad de Víctor Hugo le inspiró en su juventud, ha terminado por ser su casa, y tal vez incluso despierta en él uno de esos amores tardíos que son prueba de madurez.

Bien es cierto que comenzó a escribir *La ciudad y los perros* en una tasca de Menéndez Pelayo, junto al Retiro, con 21 o 22 años; que aquí ha terminado su último libro: *El sueño del celta*, y que en Madrid pasó su primer año europeo e hizo su tesis en la Universidad Complutense. También apreciamos las páginas de su novela anterior dedicadas a Lavapiés, donde Ricardo Somocurcio, ese trasunto suyo, se refugia en los desdenes de la

niña mala, confundido en un tráfago de razas y costumbres. Y no olvidamos su presencia los jueves en La Española, ni la vida absorbente de las fundaciones, las conferencias, las colaboraciones en los periódicos, los numerosos premios y hasta los escenarios.

Todo eso, quién lo duda, está muy bien; pero nuestra ambición verdadera, quizá desmedida, es otra, y no apunta solo a igualar la admiración que él puede sentir por Londres, Nueva York o cualquiera de las metrópolis de las que ha hecho residencia en el ancho mundo, intentamos ser una ciudad cercana, así que queremos ganarnos además una parte de su apego por la Cochabamba de la primera infancia, hasta ahí llega nuestro atrevimiento, o por esas playas próximas a Piura que tanto ha amado. Si lográramos que sus caminatas por nuestro paseo de Rosales, tan distinto, se pareciera en algo a las que daba por Miraflores o el malecón limeño, cambiando un mar azul por otro verde; si sus recaladas en la librería Méndez, aquí, al lado, en la calle Mayor, le recordaran la emoción de aquella otra que había en un garaje frente a su casa de la avenida Salaverri, donde de niño compraba o le prestaban las novelas de Salgari y de Verne; si un fin de semana entre nosotros le proporcionara una mínima parte de la alegría y el calor que encontró en los de Diego Ferré, entonces nos daríamos por satisfechos. Y como siempre que se trata de relaciones humanas, y no en otra cosa debería consistir una ciudad, no tenemos más título para avalar esta aspiración que el de la empatía, es decir, el que nos confiere la convicción de compartir con él ciertos valores, sentimientos y compromisos.

Madrid es ante todo la ciudad transparente. Poco dada al artificio en su devenir cotidiano. Desprovista de sofisticación. Es sencilla y directa, nítida y comprensible. Somos descreídos de lo nuestro y solidarios con lo ajeno, y nos indignamos con la injusticia, lo mismo que desconfiamos del poder y amamos la libertad. Esos somos nosotros. ¿Pero qué hay de Mario Vargas Llosa? Yo creo que bajo la complejidad faulkneriniana de sus obras y sin menoscabo de su proverbial cortesía, se adivina por efecto de una misma claridad esencial un arrebatado, como el de Madrid, por las verdades elementales que sostienen al hombre por las tres o cuatro cosas que lo humanizan, así como una indignación pareja ante toda forma de autoritarismo. ¿No es su compromiso intelectual una empresa, sobre todo de clarificación de los mitos y de negación de cuanto no es evidente? ¿No son acaso los héroes de sus novelas, aquellos que desafían el abuso de la fuerza bruta en el colegio Leoncio Prado o en las caucherías del Putumayo? Y junto al instinto crítico y la simpatía por las causas perdidas, señas de identidad también madrileñas, ¿no compartimos en una faceta menos grave un sentido del humor y una visión hedonista de la vida, que ayudan a encontrarle sentido? La respuesta naturalmente tiene que darla él, pero la mitad de ella está ya contenida en el hecho de que admiramos tanto lo que representa, esa dignidad casi patricia de quien ha salvado pese a tanto extravío de las ideologías, la idea del escritor

comprometido; pues si un día le llamaron el *Sartrecillo Valiente*, hoy se ha situado a la altura de un Camus.

Me atrevo incluso a intuir un mérito singular en su trayectoria y en su obra: el de haber tenido la honradez de servirse de la inventiva como un medio más que como un fin, renunciando a la tentación de ensimismarse en una ficción que no fuera, como dijo nuestro poeta, fieramente humana. Es lo que él ha llamado la verdad de las mentiras, es decir, esa transmutación misteriosa en virtud de la cual los fraudes, embaucos y exageraciones de la literatura narrativa sirven para expresar verdades profundas e inquietantes que solo de esta manera sesgada pueden ver la luz.

Otros tomaron la literatura por un puro ejercicio escapista; Mario Vargas Llosa, no. Es de los pocos que han hecho completo el viaje cervantino, ida y vuelta, yendo de la realidad al sueño para regresar al punto de partida y descubrir que, gracias a la fábula, la vida es más intensa y sobre todo que se entiende mejor. Ni su admirable pericia técnica ni sus arquitecturas narrativas son excusas para oscurecer, sino recursos que iluminan. De modo que a Vargas Llosa, como a Madrid, se le entiende siempre muy bien. Por eso hay en su figura inspiración pero no pose, y en su escritura en lugar de realismo mágico, una fantasía realista.

Esa es la maravilla de la literatura y del compromiso cívico sincero: ser un ejercicio liberador que nos redime de toda crueldad y de la estulticia del mundo, a veces a través de la escritura, otras mediante la lectura; porque tengo para mí, que igual que Borges, Vargas Llosa está tan orgulloso de las páginas que ha leído como de las que ha escrito. ¡Cuántas veces no ha confesado una noche en vela por culpa del hallazgo de un libro especial, en uno de esos raptos en los que durante unas horas todo queda en suspenso hasta llegar a la última página! El sentido de la aventura tan presente en él, en su vida a ratos novelesca aunque se finja metódica, en sus tramas argumentales, en sus batallas por la libertad, en su implicación política y electoral que le convirtió en pionero de algo tan actual como la necesidad de luchar contra el populismo, en ese sentido aventurero, digo, se palpa también su apasionada defensa de la lectura que nos ayuda a levantar a diario una barricada de libros tras la que nos podremos proteger del absurdo.

Por esas y otras razones, Madrid reconoce hoy en Mario Vargas Llosa al cosmopolita de raza, una condición que no tiene que ver con su ordenado vagabundeo por las ciudades y las selvas de la tierra, sino con su tolerancia de auténtico liberal, con su identidad múltiple, su amor a la sociedad abierta, su aborrecimiento a las dictaduras de todo signo, su denuncia de los nacionalismos estrechos, así como con habitar en esa geografía sin límites que Steiner ha llamado «extraterritorial» y que no es otra que la de la literatura.

Hannah Arendt hablaba de sentirse en el mundo como en casa. Tenemos la sensación de

que Vargas Llosa lo ha conseguido con una naturalidad que representa un ideal madrileño. Por eso, esta ciudad que tantos escritores ha adoptado en su historia, del levantino Azorín a Neruda, el austral, la ciudad, en fin, de Lope y de Cervantes, quiere hermanarle con ellos y declararle, si así lo acepta, Hijo Adoptivo de Madrid. Muchísimas gracias.

(Aplausos).

Don Mario Vargas Llosa: Excelentísimo señor alcalde; señoras y señores concejales; señor embajador del Perú; señor director de la Academia de la Lengua; señoras, señores; queridos amigos:

De más está decirles lo agradecido y lo conmovido que estoy con este reconocimiento que me hace la muy antigua y muy moderna Villa de Madrid.

He escuchado con emoción y con cierta nostalgia las palabras del alcalde recordando ciertos episodios de mi trabajo de escritor y de mi vinculación con la ciudad de Madrid. Efectivamente, esta es una vinculación muy antigua. Yo llegué a Madrid a mediados de 1958, con una beca que daba la universidad de San Marcos de Lima y el Banco Popular para hacer un doctorado en la Complutense, y para mí fue una época decisiva de mi vida, principalmente en lo que concierne a mi vocación. Por primera vez dispuse de tiempo suficiente para leer y para escribir, ya que los cursillos del doctorado en la Complutense no me tomaban mucho tiempo. Fue para mí algo maravilloso después de unos años muy difíciles en el Perú, en los que el tiempo que me quedaba para escribir era muy escaso, entre los trabajos alimenticios, poder dedicar muchas horas al día, fines de semana completos a la literatura, a leerla y a intentar escribirla.

El Madrid que yo conocí era desde luego muy distinto a la urbe abierta a los cuatro vientos y a todas las ideas y a las gentes que es Madrid hoy día. Era una ciudad por comparación pequeñita, bastante ensimismada, bastante aislada del mundo. A veces para enterarse de las noticias había que ir a la casa de *Le Monde*, que, un día sí y otro día no, solía estar prohibido por la censura, o había que escuchar *Radio París*. En la pensión donde yo vivía, en la calle del Doctor Castelo, a la hora de la cena un rito cotidiano era que el señor Bergua, el dueño de la casa, encendiera *Radio París* y todos escucháramos allí las noticias de España que no se leían en los diarios de España.

Pero la ciudad tenía mucho encanto. Esa ciudad pequeñita era una ciudad cálida y fraternal, donde era muy fácil hacer amigos y donde uno conocía a los vecinos y entablaba conversación en los tranvías, en los ómnibus o en las plazas; una ciudad que a mí me llenó de literatura clásica, que yo conocía poco o mal hasta entonces. Recuerdo que en el Madrid de ese fin de los años 50 se podían seguir todavía las trayectorias de los personajes de *Fortunata y Jacinta* o los personajes de las novelas anarquistas de Pío Baroja, cosas que hice yo mientras las iba leyendo.

Por otra parte, es una ciudad donde yo tomé una decisión que en cierta forma cambió mi vida. Hasta entonces, aunque la literatura era lo que más amaba y a lo que hubiera querido dedicar toda mi vida, pensaba que aquello era imposible y que era fundamental que buscara trabajos alimenticios, y en Madrid tomé una decisión, que fue tratar de organizar mi vida alrededor de la literatura, es decir, a partir de entonces buscar trabajos que fundamentalmente me dejaran tiempo para dedicar mi mayor energía, el mayor número de horas a la literatura.

Había llegado a la conclusión de que solo de este modo podría llegar a ser un escritor; que ser un escritor de domingos y días feriados, como lo había sido hasta entonces en el Perú, jamás haría de mí un escritor, a lo más un aficionado. Y esa decisión, que fue una decisión madrileña, mientras escribía, como ha recordado el señor alcalde, la primera versión de *La ciudad y los perros* en una tasca de la esquina de Doctor Castelo y la avenida de Menéndez Pelayo, donde había un camarero bizco que cada tarde que me veía llegar se me acercaba, me daba una palmada en la espalda y me decía: «...Y, ¿cómo va eso?»

(Risas).

Pues allí tomé la decisión, que creo psicológicamente fue para mí fundamental. No era fácil encontrar trabajos que me tomaran poco tiempo y me dejaran muchas horas para escribir, pero creo que el hecho de haberlo decidido me dio un extraordinario impulso en mi trabajo de escritor y empezó a hacer que me sintiera un escritor.

Desde entonces, he venido muchas veces a Madrid y desde hace ya bastantes años mi familia y yo pasamos buen número de meses al año en esta ciudad, que es, desde luego, nuestra ciudad y a partir de ahora, mucho más.

Creo que haber vivido la transformación de Madrid, de esa ciudad todavía algo provinciana, cerrada al mundo, a lo que es Madrid hoy día: una gran metrópoli, una de las más dinámicas, abiertas, libres y cosmopolitas del mundo, ha sido una experiencia extraordinaria para todos los que hemos tenido la suerte de vivirla. Hoy en día Madrid tiene muchos méritos, enormes méritos, y quizá el principal sea, para decirlo con un título un poco quevediano, la ciudad de todos. Madrid es una ciudad donde nadie se siente un extranjero, una ciudad que adopta inmediatamente a quien llega, abriéndole los brazos e incorporándolo a esa extraordinaria diversidad que se vive en sus calles, unas calles sobre todo donde ciertos días, en ciertas festividades, se escuchan todos los idiomas del mundo, como en una verdadera Torre de Babel, y donde se fraterniza con gran facilidad, y es una ciudad, además, que por todos sus poros respira juventud.

Aquí llegó mi hija Morgana a pasar unos días una vez terminada la universidad, y al día siguiente de llegar nos escribió y nos dijo: «Aquí me quedo, a mí nadie me saca nunca más de Madrid». Y así como Morgana se volvió una madrileña apenas a las veinticuatro horas de pisar Madrid, creo que hay

muchos jóvenes procedentes de todos los rincones del mundo que sienten apenas llegan a Madrid que esta ciudad les abre los brazos, los recibe, los adopta y los incorpora a su magnífica diversidad.

Creo que haber vivido en Madrid en estos últimos años es haber vivido la experiencia maravillosa de la transformación de España de un país subdesarrollado a un país desarrollado, de una dictadura a una democracia, de un país ensimismado y cerrado sobre sí a un país abierto al mundo, integrado a Europa, que ha hecho suya la cultura de la libertad, un país donde se convive en la diversidad de ideas, de creencias, de principios, un país que ha sido en cierta forma la historia feliz de los tiempos modernos, porque su transición no ha sido la más exitosa, sino acaso la que más y mejores ejemplos ha dado al resto del mundo. Buena parte de las transformaciones latinoamericanas, también de la dictadura a la democracia, de la disputa, el encono y a veces la guerra civil a la coexistencia, ha sido posible de alguna manera por el ejemplo que dio España. Todo eso lo he vivido principalmente desde Madrid y no solo como observador, sino también en cierta forma como protagonista, y eso creo que me ha enriquecido notablemente como escritor, desde luego, pero también como ciudadano y como persona comprometida con la cultura de la libertad.

Por todas esas razones, a esta ciudad la quiero mucho, la siento mía; madrileños figuran entre mis amigos más queridos y entrañables, y nunca podré olvidar que aquí en Madrid es donde vi por primera vez un libro mío impreso en letras de molde y con mi nombre en la carátula. Eso para un escritor es un acontecimiento extraordinario y conmovedor, y fue aquí que recibí la noticia de que había ganado con mi primer librito —una colección de cuentos llamada *Los jefes*— un premio literario español. Fue el primero de muchos otros, y por eso siempre digo con enorme gratitud que sin España, sin los editores, sin los críticos, sin los lectores, sin las instituciones culturales españolas yo no hubiera llegado jamás a ser el escritor que soy hoy en día. Eso, sumado al hecho de que en ciertos momentos de dificultad, cuando estaba a punto de perder la mía, España me volvió a abrir los brazos y enriqueció mi nacionalidad peruana con la española, es algo que ha hecho de mí verdaderamente un ciudadano español a la vez que un ciudadano peruano.

A todo eso se suma el acto de hoy día, un acto que recibo realmente con muchísima emoción. En principio, mis convicciones democráticas y liberales me ponen un poco nervioso cuando oigo hablar de acuerdos unánimes, pero confieso, señor alcalde, señoras y señores concejales, que en este caso la unanimidad no solo la apruebo, sino que la aplaudo cariñosamente y desde luego la agradezco de todo corazón.

(Risas).

Sé muy bien que este reconocimiento, que este homenaje generoso implica un mandato, que es una tamaña responsabilidad: llevar conmigo sobre los hombros, sobre todo en la mano derecha

que es con la que escribo, una representación simbólica de esta hermosa y querida ciudad. Desde luego que me comprometo a hacer lo posible, y si puedo también lo imposible, para no defraudar a los generosos madrileños representados por la municipalidad de esta ciudad en esta hermosa e inolvidable ceremonia.

Muchísimas gracias a usted, señor alcalde, muchísimas gracias a ustedes, señoras y señores

concejales, y muchísimas gracias a todos los amigos que han venido a acompañarme en este día inolvidable. Muchas gracias.

(Aplausos).

El Presidente: Se levanta la sesión.

(Finaliza la sesión a las doce horas y treinta y nueve minutos).